

Familia y escuela: Las manos que enseñan y educan

El modo de tratar y de entender a los niños ha dependido siempre de la valoración social que se haya hecho de ellos. La historia pone de manifiesto que no siempre el niño ha sido conceptualizado familiar y socialmente como en la actualidad se considera en España y en Occidente

Fabiola Muñoz Vivas
Doctora en Psicología

La consideración de que el niño es sujeto de derechos específicos y concretos ha sido de reciente reconocimiento en las legislaciones y, como consecuencia de ello, por parte de la sociedad. Desde la aceptación social del infanticidio (eliminado con la incorporación del cristianismo en la historia), pasando por lo que los teóricos han llamado la etapa del abandono y el reconocimiento del niño como un adulto en pequeño, hasta la incorporación de la evidencia de que los niños y las niñas tienen unos derechos específicos por las especiales circunstancias en las que se desenvuelve su desarrollo en los primeros años de vida, se ha recorrido un largo camino, considerando al niño desde diferentes ópticas.

Actualmente en muchos países de la tierra, la vida de los niños y de las niñas está sometida a unas situaciones humillantes y difíciles de asumir desde el mundo occidental. Más de trescientos millones en el mundo son sometidos a unas jornadas de trabajo increíbles, por no recordar todas las ignominias que padecen.

No han pasado tantos años desde que la sociedad española “interpretaba” la infancia como una etapa con la que se comenzaba la vida laboral.

Todos los estudios e investigaciones destacan que desde el momento del nacimiento, e incluso antes, los niños y las niñas comienzan a recibir influencias de su medio familiar. La figura nutricia y la figura significativa, unidas en nuestra cultura, inciden de una manera positiva o negativa en las primeras vivencias de los pequeños, iniciando los procesos que les van a permitir incorporarse poco a poco a la cultura, siendo especialmente la familia el núcleo donde se van a aprender los valores, las pautas de comportamiento y la forma de estar y de relacionarse con los demás.

Ahora bien, estos hechos planteados teóricamente no siempre encuentran el referente práctico para un desarrollo coherente. Lo que pasa en cada casa no es fácil saberlo, lo mismo se podía decir de lo que pasa en cada aula de Educación Infantil. Sin embargo, a través de los niños no es difícil hacer una fotografía de los hechos que más les impactan, para bien o para mal, en sus experiencias.

La escuela y la familia deben romper algunos estereotipos que aún perduran desde tiempos pasados y con conocerse más

Desde el inicio de la Educación Infantil, los niños empiezan a actuar, y en su actuación se percibe el mundo que les educa en el ámbito familiar. Sin ánimo de generalizar, y desde la experiencia diaria, hay algunos hechos que se pueden inferir desde los ambientes infantiles y

desde sus percepciones y manifestaciones a través de sus modos de expresarse. Con frecuencia manifiestan que su familia es su gran referente vital, imprescindible y el valor máximo. Sin embargo, dependiendo de diferentes ambientes, también manifiestan la sensación de ser un estorbo en algunos ámbitos familiares; pocos referentes que les generen autoestima e imagen positiva como consecuencia del paso de la familia nuclear a la familia amplia; grandes dificultades para cumplir normas; impacto en sus vivencias frente a los medios de comunicación; persistencia en la utilización de estereotipos peyorativos en torno a los roles masculinos y femeninos; dificultades de atención y concentración, como consecuencia de la cultura de la imagen; hábitos alimenticios en función, en muchas ocasiones, de anuncios y publicidad; intereses alrededor no sólo del mundo infantil, sino de los personajes fabricados por los medios de comunicación, dibujos y películas infantiles; “aburrimiento por tener muchas cosas” y deseo de estar más tiempo con los padres; comparación continua con los demás; y vivencias difíciles alrededor de las rupturas matrimoniales.

La llegada y la permanencia en la Educación Infantil supone un desasosiego, al menos intermitente, en los ambientes familiares y vivencias lógicas si tenemos en cuenta la edad de los pequeños. Los padres piden a la escuela “que se los tenga allí” mientras ellos están fuera de la casa, que los cuiden y traten bien, que los ayuden a educarlos, que no les pase nada y que les enseñen, pero ¿qué? Muchas familias, no ajenas a sus propias experiencias de las primeras edades, piden a la escuela que les enseñe a escribir, a leer y a saber mucho (fundamentalmente conocimientos escolares en sentido estricto). Así, en los ambientes sociales y familiares se comparan y se sacan consecuencias de los aspectos más llamativos que ponen en evidencia la “sabiduría infantil”.

Escuela y familia

Que la escuela y la familia son necesarias para los niños y las niñas y que ambas instituciones se necesitan mutuamente nadie lo cuestiona hoy, y mucho menos si tenemos en cuenta las necesidades de todo tipo de los niños y la sociedad en la que vivimos. Pero ¿qué es lo que no deberían olvidar ambas instituciones?

En primer lugar, asumir que ambas se necesitan y que, por tanto, la escuela y la familia deben romper algunos estereotipos que aún perduran desde tiempos pasados.

En segundo lugar, deben conocerse más. Esto conlleva un reconocimiento mutuo de las funciones que cada una debe realizar, sin traspasarlas de una a otra.

En tercer lugar, deben buscar tiempos de encuentro que permitan conocer lo que significa para los niños la educación infantil, que de ninguna manera puede ser entendida como guardería o algo parecido.

En cuarto lugar, descubrir ambas que lo que está en juego es el desarrollo personal de los pequeños y que para poder ayudarles es muy importante que los mensajes, las actitudes y las formas de ser y estar con ellos no sean contradictorios.

En quinto lugar, es necesario trabajar mutuamente aspectos relacionados con la tolerancia y la comprensión de los demás, la resolución de conflictos de manera pacífica, la salud integral, el manejo y expresión de sus emociones y sentimientos, y el reconocimiento de la igualdad entre las personas.

Por último, y quizás lo más importante, deben tener claro que los niños y niñas necesitan de los adultos que les enseñan y educan actitudes de comprensión porque están en proceso de desarrollo; pero, al mismo tiempo, actitudes de autoridad, no autoritarismo,

que les permitan aprender a ser y a estar con los demás, porque las actitudes de comprensión y de permisividad, de autoritarismo y hostilidad no hacen posible el crecimiento humano.

De acuerdo con los planteamientos anteriores, ambas instituciones deben exigir a la sociedad y a las administraciones educativas que la Educación Infantil no sea sólo una solución a problemas sociolaborales y familiares, sino un derecho de los niños y las niñas. Por esa misma razón la etapa debe tener la misma entidad desde que comienza hasta que acaba.

Lo que los niños “dicen de la escuela”

Los niños llevan y traen experiencias desde la casa y también experiencias desde la escuela, las vierten en los dos ámbitos institucionales y, desde ellos, los adultos nos vamos formando una idea de cuál debe ser nuestro trabajo, teniendo en cuenta las intenciones pedagógicas del sistema educativo.

De esta manera ponen de manifiesto, entre otras, las siguientes necesidades: la presencia continuada de los adultos del ámbito escolar; que la escuela les ayude, les quiera y les “solucione la vida”; que les proporcione las motivaciones e intereses para encariñarse con el saber y el conocer; que sean atendidos personalmente, compensando los posibles déficit de los ambientes de procedencia; ser reconocidos y valorados; y no ser marcados por estereotipos a partir de sus conductas y procesos de aprendizajes y de los diferentes ámbitos familiares o culturales de procedencia.